



Capítulo 118

La Mansión Custoria estaba en silencio. Desde fuera, casi parecía una finca deshabitada.

Zumbido—

Salí del vehículo aéreo.

Giselle estaba sola en la pista, sin ni un solo sirviente. Normalmente, era costumbre que algunos sirvientes o asistentes la acompañaran.

Mientras miraba a mi alrededor, Giselle respondió,

"Todos están ocupados, así que he venido solo."

Habló mientras miraba al cielo. Mi mirada siguió la suya.

El cielo estaba tan lúgubre como siempre. Aún no había señales de una tormenta inminente.

"¿Por la tormenta?"

"La mansión también tiene que estar preparada. Cuando la tormenta se vuelve demasiado fuerte, ni siquiera se pueden usar vehículos aéreos."





Fijé la vista en el almacén detrás de la mansión. Había mucho movimiento allí. Parecía que estaban acumulando provisiones.

"¿Y el Comandante?"

"¿No deberías empezar a llamarle padre?"

"Todavía no me parece natural."

Respondí mientras me acercaba a Giselle. Caminamos por el sendero del jardín que giraba hacia la mansión.

Paso, paso.

Nuestro ritmo era lento, pero la caminata en sí fue corta.

"El distrito bajo está en completo caos tras aquel reciente incidente de procesión. Pensé que deberías saberlo. Gilda y Gabriel... me dijo que no bajara allí por un tiempo."

Giselle habló cuando llegábamos a la puerta principal de la mansión.

'Así que las cosas realmente se pusieron peligrosas.'

Mi identidad e historia habían sido completamente expuestas al público. Si quería bajar al distrito bajo a partir de ahora, tendría que ocultar mi rostro.





Naturalmente, Giselle también tenía que tener cuidado. Ya estaba preocupado por Barbara, así que esto fue un alivio. La Mansión Custoria estaba a salvo.

"¿Cómo reacciona la gente ahora que mi identidad ha salido a la luz? Me refiero al lado de Gabriel."

pregunté con naturalidad.

"Gabriel parece un poco enfadado. Gilda, en cambio, parece realmente satisfecha. Tiende a verte como a un príncipe."

Esbocé una sonrisa amarga.

"Giselle, haz lo que digan Gabriel y Gilda y mantente fuera del distrito inferior por ahora. No es un buen momento. Gilda es lista—se encargará de los negocios por sí misma. Además, puedes organizar los datos desde aquí sin problema, ¿no?"

"Pero... No, tienes razón. Debería ser cauteloso."

Giselle habló con una vacilación persistente en la voz. Extendió la mano y abrió la puerta de la mansión.

Inquietante.

A diferencia de lo habitual, la casa principal estaba llena de actividad. Estaba claro que estaban ocupados preparándose para la tormenta.





Dada la ubicación de la Mansión Custoria, su urgencia estaba justificada. La finca estaba en las afueras de Akbaran, accesible solo por vehículos aéreos. Necesitarían almacenar suficientes suministros para aguantar la temporada de tormentas.

"Has hecho un trabajo extraordinario, Lukaus. Estoy increíblemente orgulloso de ti. Perdóname por no visitarte mientras te recuperabas. Las circunstancias no eran favorables."

Mi madrastra, Eva, habló mientras me miraba. Estaba dando instrucciones a los sirvientes de la familia, comportándose como la señora de la casa.

"Solo hice lo que tenía que hacerse."

Ella y yo siempre hablábamos de forma formal y distante. Ninguno de los dos tenía expectativas de conexión emocional o lazos familiares. Eso había sido abandonado hace mucho tiempo.



"... Nunca olvides hacer lo que hay que hacer. Tu padre está en el Pabellón de la Luna de Plata. Me dijo que te avisara cuando llegaras."

Las palabras de Eva tenían un tono cortante. Era su manera de decirme que supiera cuál era mi lugar. Sin embargo, un atisbo de resentimiento y celos se filtraba en su tono.

Pabellón de la Luna de Plata.



Fue un lugar importante dentro de la familia Custoria. Ni siquiera a su hijo biológico, Juppe, se le permitía entrar libremente, mientras yo tenía acceso sin restricciones.

Como si... Yo era el legítimo heredero de la familia Custoria.

"Nos vemos en la cena, entonces."

Di un paso atrás, alejándome de Eva mientras hablaba. Luego, le di a Giselle un pequeño asentimiento antes de ampliar la distancia entre nosotras.

Mientras avanzaba por el pasillo, pasando junto a sirvientes que iban y venían, me dirigí hacia la entrada trasera de la mansión.

"Ah, joven amo. Hace tiempo que no está."

"Has logrado algo realmente grande."

Los sirvientes y sirvientes inclinaron la cabeza en señal de saludo en cuanto me vieron. Devolví el gesto por formalidad y aceleré el paso.

Ya conocía bien esta mansión como para recorrerla con los ojos cerrados. Lo que antes parecía abrumadoramente vasto y complicado se había vuelto familiar.

No importa lo que digan los demás, quien me ha traído hasta aquí ha sido Hemillas.





Le debo mucho. No dudaría en matar a Kinuan. Pero Hemillas... Eso no sería tan fácil.

"Luka, tenemos que hablar."

Una voz áspera llamó mi nombre. Era Juppe.

Se quedó junto a la puerta trasera, con los brazos cruzados, apoyado en la pared. Por su aspecto, me había estado esperando.

"Me temo que ahora mismo no puedo. Tengo un compromiso previo con 'Padre'."

Al principio, el rostro de Juppe se torció de irritación. Pero luego, como intentando reprimir su hostilidad, bajó los brazos y habló con un tono más calmado.



"Sé que me encuentras desagradable e irritante, pero haz tiempo para mí."

Estaba siendo inusualmente sincero, lo que me dificultaba ignorarle.

"Podemos hablar de camino al Pabellón de la Luna de Plata."

"Eso es suficiente."

Juppe asintió y abrió la puerta trasera. Luego, en un raro gesto de consideración, la sostuvo abierta, esperando a que yo pasara.

... Esto era diferente a su habitual actitud antagónica. Algo había cambiado en él.

Por eso, no me apresuré a pasar.

Recorrimos el sendero que iba desde la parte trasera de la mansión hasta el Pabellón de la Luna de Plata.

"Yo también soy soldado, Luka."

"Lo sé."

"Algo no me cuadra. Últimamente, el ambiente ha sido extraño. Si incluso yo puedo sentirlo, seguro que sabes algo."

Juppe no fue ni mucho menos un prodigio. Pero tampoco era un tonto. Era un hombre corriente—uno que envidiaba y resentía lo que no tenía, pero que a veces comprometía con la realidad.

Si tuvieras ojos funcionales, podías saber que se avecinaba una tormenta solo con mirar las nubes oscuras a lo lejos. No hacía falta una visión extraordinaria para eso.

Ese era el estado actual del Imperio y del ejército. Las nubes se estaban acumulando.





Incluso Juppe, como soldado, parecía sentir una inexplicable sensación de inquietud. Y probablemente Hemillas no le había dado una explicación adecuada.

"Se acerca una tormenta."

Respondí brevemente.

"... Eres cercana a Padre y tienes buena relación con Giselle. Así que creo que, como hijo adoptivo, también debes tener cierto apego a la familia Custoria."

Dejé de andar. Juppe también se detuvo.

"Este es mi hogar ahora. Me guste o no, te considero mi hermano."

Era algo incómodo de decir, pero necesitaba ser claro. Porque de verdad lo decía en serio. No me gustaba Juppe, pero tampoco deseaba su muerte. Lo mismo ocurrió con Eva.

"A mí tampoco me gustas, pero te considero parte de la familia Custoria. Si nuestra familia enfrenta una crisis, estaré a tu lado. Espero que tú hagas lo mismo."

Juppe le tendió la mano para un apretón. Una tregua simbólica.

Le tomé la mano sin dudar. Cuando nuestras miradas se cruzaron, Juppe asintió levemente antes de soltarla.



Gustarse o no gustarse el uno al otro no era el punto. Formábamos parte de la misma casa. Si apareciera un enemigo externo, nuestros sentimientos personales no importarían: tendríamos que trabajar juntos.

"Padre te está esperando. Adelante."

Juppe me despidió y luego volvió por donde habíamos venido.

Dejándole atrás, me dirigí hacia el Pabellón de la Luna de Plata. La vieja puerta principal estaba entreabierta, como si me estuviera esperando.

Toc.

Golpeé suavemente la puerta antes de entrar.

"Aquí Lukaus Custoria."

Una escalera que conducía al segundo piso apareció a la vista. Debajo de él estaban Hemillas.

"Ah, bien. No llegas tarde."

No tenía ni idea de para qué supuestamente no llegué tarde. Hemillas no dijo nada más y simplemente subió las escaleras, haciéndome señas para que la siguiera. Al pisar el pasillo del segundo piso, volvió a hablar.



"Uno de los Ancianos te está esperando."

"¿Para mí?"

"¿Sabes quién es?"

Me vino a la mente una figura.

Durante mi proceso de adopción, dos de los Ancianos se opusieron, cuatro permanecieron en silencio y solo uno votó a favor.

"Debe ser quien emitió el voto único a favor de mi adopción."

Un viejo recuerdo resurgió: un Anciano que una vez me tocó cariñosamente la mejilla.

'Niña, debes sobrevivir mucho tiempo. Para ello, no debes dejarte arrastrar por el caos—debes consumirlo. Aunque eso signifique que te destrozan la garganta.'

Eso fue lo que me había contado. Mirando atrás ahora, sentía como si hubiera sabido algo. No se refería simplemente a la vida de un hijo adoptivo de los distritos inferiores.

"Se le acaba el tiempo. No le queda mucho tiempo. Se aferra solo por fuerza de voluntad."





Una parte de mí se sintió aliviada.

La razón por la que Hemillas me había convocado al Pabellón de la Luna de Plata era diferente a lo que esperaba. Honestamente, estaba preparado para un interrogatorio.

"Pensé vagamente... que los nobles con prótesis de cuerpo entero serían inmortales. Sabía, lógicamente, que podían morir de viejo, pero nunca me pareció realmente real."

Incluso con un cuerpo completamente cibernético, uno podía envejecer y morir. Lo sabía en teoría, pero nunca me había dado cuenta hasta ahora.

"Luka, ni yo sé mucho sobre los Ancianos. Comparado con ellos, sigo siendo solo un niño. Pero una cosa está clara: Custoria ha perdurado gracias a la sabiduría de estos sabios. Escucha siempre sus voces."



"Pero las decisiones son nuestras. Y también las consecuencias."

Las arrugas cada vez más profundas en las comisuras de la boca de Hemillas sugerían que estaba satisfecho con mi respuesta.

Al final del pasillo del segundo piso había una puerta ornamentada, que desprendía el aroma de madera envejecida.

Crujido.

Hemillas y yo entramos.



La sala estaba llena de un denso humo de incienso. Más allá, los Ancianos envueltos en velos negros permanecían en silencio. Sus túnicas oscuras se arrastraban por el suelo como si se tragaran incluso sus sombras. Si los fantasmas fueran visibles, imaginaba que se verían así.

'Los Ancianos número siete.'

Pero solo seis estaban de pie. Se quedaron solemnes junto a una cama.

Un Anciano, cerca de la muerte, yacía en la cama. Tubos y cables sobresalían por los lados, sosteniendo lo que quedaba de su vida dentro de su cuerpo cibernético.

"Ha llegado justo a tiempo, Jefe de la Casa. Y Lukaus Custoria."

La voz resonó desde todas direcciones, haciendo imposible distinguir cuál de los seis había hablado.

"Adelante."

Hemillas me empujó hacia adelante con un asentimiento.

Al acercarme, los Ancianos se apartaron para hacer espacio.

Siseo... Siseo...





El anciano moribundo jadeaba en la cama. Las señales de su cerebro se habían debilitado, dejando su prótesis de cuerpo completo incapaz de funcionar por sí sola.

"Me dijeron que me habías convocado, Anciano."

Hablé sentado junto a la cama. Desde debajo del velo, un par de ojos me observaban. Su luz, antes apagada, recuperó un tenue brillo.

"... Tu mano."

El Anciano de la cama habló. Extendí la mano y le cogí la suya. A pesar de sus prótesis de cuerpo entero, podía sentir lo débil que se había vuelto.

Susurros.

Los otros Ancianos no se apartaron simplemente—empezaron a salir de la sala uno a uno. Incluso Hemillas salió.

Antes de darme cuenta, estaba solo con el Anciano moribundo.

'¿Por qué? ¿Por qué querría hablar conmigo a solas?'

Ni siquiera la intuición de Akies Victima pudo entender lo que estaba pasando.





La situación era tan inusual que, al principio, sospeché que podría ser una trampa tendida por la familia Custoria para eliminarme. Pero si ese fuera el caso, no había razón para pasar por un proceso tan elaborado.

"Anciano, ¿hay algún secreto sobre mí? Genéticamente o de otro tipo..."

Solo quedaba una conclusión. Ya lo había cuestionado antes. La idea de que quizá fui diseñado para un propósito específico.

Pero a pesar de estar al borde de la muerte, los hombros del Anciano temblaban de risa. Su respiración era áspera e irregular.

"Niña, puedes dejar esa preocupación atrás. Incluso quienes gobiernan las estrellas y los científicos que invadieron el dominio de los dioses han fracasado en recrear y controlar a la humanidad. Escucha. Desde la época en que se creía que el rayo era una lanza divina y las erupciones volcánicas se consideraban la ira de los dioses, hasta esta época—donde el ateísmo es sentido común y la humanidad viaja entre planetas—una verdad ha permanecido inalterada."



Había un profundo cariño en la voz del Anciano. Aunque su tono era calmado, casi parecía que estaba cantando.

"Te escucho."

"Como siempre, cuando la humanidad se enfrenta a una fuerza abrumadora fuera de su control, se dirige al caos del universo y reza. Inevitablemente, la gente llega a creer en el destino. Luka, ¿crees en el destino?"

Dudé, con los labios ligeramente entreabiertos antes de hablar por fin.



"El destino no es científico. Pero... hay momentos en los que no puedo evitar reconocer su existencia."

Hay momentos en los que ninguna otra palabra que el destino puede explicar una situación. Lo sabía incluso sin vivir medio siglo completo. Alguien que haya vivido muchas veces más que yo seguramente sentiría aún más el peso de esa palabra.

"La reproducción artificial es imposible. Aunque la genética sea idéntica, los resultados siempre serán diferentes. La creencia de que el esfuerzo humano puede crear milagros no es más que la arrogancia de la ignorancia. Pero este universo es diferente. Cuando las inevitabilidades, entrelazadas en el caos, se superponen, se convierten en destino—y ese destino, como si fuera una broma cruel, recrea el pasado. Por eso creo en la reencarnación, niño. Aunque no sea más que una ilusión creada por una conciencia frágil, estoy bien con eso."

"... No acabo de entender a qué te refieres."

"Lo harás, con el tiempo. Simplemente me alegro de haber podido verte una última vez. Ojalá pudiera decir más, pero solo serviría para satisfacerme."

Un punzante punzante golpeó mi pecho. No era el destino lo que sentía. Era como si las emociones de esa persona me llegaran. Una fuerza de voluntad tan fuerte que parecía capaz de retrasar incluso la muerte misma.

"Si hay algo que pueda hacer, lo haré."

Si estaba en mi poder, quería conceder su petición.





"Mantén al destino a tu lado, pero no te dejes arrastrar, Lukaus Custoria.
Ese es mi único deseo."

Miré en silencio al Anciano un momento antes de extender la mano. Sin darme cuenta, mis dedos levantaron el velo.

Debajo había un rostro austero y sin rasgos. No el rostro de un humano, sino uno mecánico, incluso desprovisto de piel sintética. Los Ancianos de la familia Custoria habían borrado incluso sus propias identidades en su búsqueda de existencia.

Y, sin embargo, sentía como si supiera su nombre.

Un determinismo causal que parecía resonar con Akies Victima.

La primera rebelión, Noel Mullizcane. Y figura del pasado de Custoria, viviendo en esa misma época.

Fragmentos de eventos y años encerrados en su lugar. Cada vez que una pieza no encajaba, volcaba el tablero, reconstruyendo mi razonamiento desde cero hasta que el puzle encajó.

La sangre goteaba de mi nariz. Me lo limpié con el dorso de la mano y abrí los ojos.

... No era perfecto, pero la imagen en mi mente era lo suficientemente completa. Solo un nombre quedaba en la punta de mi lengua, y lo pronuncié en voz alta con cautela.





"Tu nombre... es Agatha. Agatha Custoria, ¿verdad?"

La mujer que fundó la familia Custoria. La progenitora—Agatha Custoria.

Al oír mis palabras, sus ojos se abrieron de par en par.

Si su cuerpo cibernético tuviera la capacidad de derramar lágrimas, lo habría hecho.

"Probablemente sea el resultado de una inferencia rápida y multifacética a través de Akies Victima... pero me gustaría creer que me reconociste, Noel."

Agatha Custoria era una mujer que deseaba creer en el destino y la reencarnación.

